

**Entre túmulos, cuevas y restos humanos.
Análisis historiográfico de las evidencias bioantropológicas
de la Arqueología de Lanzarote**

*Among Tumuli, Caves and Human Remains: Historiographical Analysis
of Bioanthropological Evidence in the Archaeology of Lanzarote*

Javier Soler Segura
Universidad de La Laguna
Departamento de Geografía e Historia
<http://orcid.org/0000-0002-3413-1055>
jsoler@ull.edu.es

Enviado: 15-05-2016; Revisado: 04-08-2016; Aceptado: 14-10-2016

A la memoria de Nando Estévez. Maestro y amigo

Resumen

A diferencia de otras islas del archipiélago canario, Lanzarote se ha caracterizado por una insólita ausencia de descubrimientos sepulcrales. Para un período de más de quince siglos solo se conocen, hasta el momento, los restos de 55 individuos diferentes. Este texto analiza las referencias bioantropológica conocidas hasta la fecha y plantea una aproximación crítica con la que ofrecer nuevas hipótesis de trabajo.

Palabras clave: Historia de la Arqueología, historiografía, restos bioantropológicos, rituales de enterramiento, Lanzarote, Islas Canarias.

Abstract

Unlike the other Canary Islands, there has been an unusual lack of sepulchral discoveries on Lanzarote. Over a period of more than fifteen centuries, only the remains of 55 different individuals have as yet been discovered. This article analyses the bioanthropological references known to date and proposes a critical approach with which to provide new working hypotheses.

Keywords: History of Archaeology, Historiography, Bioanthropological Remains, Burial Rituals, Lanzarote, Canary Islands.

1. INTRODUCCIÓN

El estudio de las evidencias bioantropológicas constituye un ejemplo muy singular de las peculiaridades que la arqueología de Lanzarote presenta dentro del contexto canario. A diferencia de otras Islas, donde la aparición de restos humanos relacionables con los primeros pobladores ha sido habitual a lo largo de los últimos siglos, Lanzarote se ha caracterizado por una insólita ausencia de descubrimientos sepulcrales. Salvo algunos hallazgos puntuales con importantes problemas de adscripción cronológica (como por ejemplo la aparición de la cueva de La Chifletera en 1968), hasta la publicación de la excavación de Montaña Mina en 1982 no se constata un contexto funerario claramente aborigen. Obviamente, esta carencia de registros óseos la mantuvo alejada de las habituales sistematizaciones antropológicas de los siglos XIX y XX, no así de su inserción en los esquemas raciales generales, pues la escasez de referentes empíricos nunca fue una dificultad para estos primeros investigadores. Apoyándose en pasajes de Viera y Clavijo¹ o en citas de autores como Abreu Galindo,² en los estudios e historias generales de Berthelot, Bethencourt Alfonso, Chil y Naranjo, Manrique, etc., se trasladaron de manera paulatina a Lanzarote los modelos sepulcrales constatados para otras islas como, por ejemplo, Fuerteventura.

Junto a este «préstamo empírico», también pueden identificarse otros elementos, como son: la pervivencia racial, el apego a la documentación escrita, el énfasis a la monumentalidad de los restos, la dependencia de la tradición historiográfica, la asunción del criterio de autoridad o la falta de correspondencia entre evidencia material y explicación, que igualmente han contribuido a configurar el registro bioantropológico y arqueológico en Lanzarote. Un proceso que se ha manifestado a través de discrepancias empíricas que evidencian cómo la gestación del conocimiento histórico se ha producido de forma subjetiva, disimétrica y no acumulativa.³

De forma específica, la incógnita sobre el escaso porcentaje de evidencias óseas descubiertas en la Isla permite valorar la gran importancia que adquiere el peso de la tradición a la hora de asumir estas evidencias arqueológicas en los estudios del pasado aborigen. Aunque los actuales investigadores reconozcan las carencias metodológicas empleadas en las «recuperaciones» de dichas piezas, la ausencia de un mínimo contexto arqueológico de los hallazgos, o los graves problemas de adscripción cultural de la mayoría de objetos óseos, estas deficiencias no han impedido que se sigan utilizando e insertando en las distintas explicaciones históricas los mismos referentes empíricos desde hace décadas.

Las razones esgrimidas para argumentar la ausencia de registro bioantropológico en Lanzarote han sido diversas. Se ha alegado desde supuestos problemas de conservación de los restos⁴ a falta de prospecciones sistemáticas,⁵

1 Fundamentalmente el capítulo XVII del segundo libro referente a «Sus Embalsamamientos y entierros» (VIERA, 1772: 175-181).

2 Para Lanzarote llega a exponerse que «Si alguno moría, metíanlo en cuevas que tenían como entierros, y tendíanlos echando debajo del cuerpo y encima muchos pellejos de cabras que mataban» (ABREU, 1977 [1764]: 57-28).

3 Un desarrollo detallado de cada una de estas variables, y de sus repercusiones historiográficas, puede verse en Soler, 2016.

4 «El estado de los huesos se debe a la influencia de los agentes atmosféricos que ejercen más su acción a través de estas piedras, que dejan entre ellas grietas, que en las cuevas sepulcrales bien abrigadas» (VERNEAU, 2003 [1891]: 96). Y que paradójicamente respetaría a los restos óseos de ovicápridos.

5 «Las razones que se pueden argumentar para explicar la falta de registros antropológicos en

o a declarar la zona sepultada por el *volcán*⁶ como el espacio de concentración de la mayoría de enterramientos de los *mahos*.⁷ Sea por uno u otro motivo, lo cierto es que existe un volumen óseo demasiado escaso para el modelo sepulcral que tradicionalmente se asocia a los primeros habitantes de la Isla (ver figura nº 1). Si a ello se suma la tendencia a vincular dichos restos con construcciones de carácter tumular sin contar con evidencias claras o el énfasis otorgado a la veracidad de determinadas referencias orales, las distintas propuestas barajadas para explicar el mundo de la muerte en Lanzarote resultan poco consistentes.

2. EVIDENCIAS Y DESCUBRIMIENTOS

Las primeras referencias directas, es decir, aquellas realizadas por el autor que describe los hechos y no a partir de información secundaria difícil de contrastar, se deben a René Verneau. El viaje que emprendió en 1884 a las islas orientales tendrá como objeto documentar la situación de esa parte del Archipiélago para su informe al Ministerio de Instrucción Pública francés, al tiempo que recopilará datos sobre sus estudios raciológicos y arqueológicos. Por ello, puede afirmarse que fue el primer autor que realizó prospecciones relativamente sistemáticas en Lanzarote. Recorrerá casi todos los parajes de la Isla, centrándose en aquellas zonas susceptibles de contener restos óseos de la antigua población que ocupó Lanzarote que le indicaban las referencias orales que recopiló y la experiencia acumulada tras visitar el resto de islas.

Sin embargo, y pese a sus constates excursiones y rebuscas, la información que obtiene termina resultando extremadamente limitada.⁸ A excepción de un fragmento de cráneo que localiza en Haría, y de la exhumación de dos fosas en la zona de San Marcial del Rubicón, que adscribe a momentos posteriores de la conquista europea, Verneau debe conformarse, para completar sus estudios raciológicos, con la visita a los cementerios de Guatiza y Femés.⁹ En ellos, y a falta de datos con los que confirmar sus hipótesis raciales, llevará a cabo una serie de mediciones que utilizará para demostrar unas conclusiones que ya habían sido formuladas mucho antes de su viaje a Lanzarote: la presencia de, al menos, dos tipos raciales, que ocuparían zonas de hábitat diferentes —*guanches* en el interior y *semitas* en la costa—, y con una dualidad similar para las cuevas naturales (*guanches*) y *casas hondas* (*semitas*).

Lanzarote son diversas; quizás la más evidente sería que constituye un tipo de vestigio que no ha generado el suficiente interés por parte de la comunidad científica y, por tanto, no se han buscado» (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et al.*, 2008: 177).

6 Término con el que se refieren en Lanzarote a la parte de la Isla sepultada por las erupciones del siglo XVIII.

7 «Queden sus venerados huesos en el eterno reposo de sus inmaculadas y secretas tumbas, donde devotos vasallos las colocaron, invulnerables a la profanación de generaciones posteriores. Los trágicos trastornos sísmicos completaron la obra humana, y jamás manos osadas lograron llegar a los ignotos cementerios donde disfrutaban del sueño infinito» (Martínez, 1940: 8).

8 «Aún hoy en día, los conocimientos que tenemos sobre los antiguos habitantes de Lanzarote son escasos. A pesar de mis laboriosas investigaciones, sólo he podido conseguir una bóveda craneana de esa isla y en los museos locales del archipiélago no existe ningún resto humano procedente de ella» (VERNEAU, 1996d [1887]: 80).

9 «Los habitantes casi no han sufrido la influencia española. En el osario del cementerio [de Femés] pude estudiar y medir huesos que se tomarían fácilmente por restos de guanches, si se encontraran en otras condiciones. La estatura media de los hombres alcanza 1,74 metros» (VERNEAU, 2003 [1891]: 155-156).

Del cráneo entregado por el párroco de Haría poco se sabe.¹⁰ Se desconoce cualquier dato sobre su procedencia y contexto, así como de su ubicación actual. Su análisis no debió resultar muy clarificador para los estudios craneométricos de Verneau, ya que se omite cualquier referencia a él en el estudio de los caracteres físicos y morales que ofrece en el primer capítulo de sus *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*. Además de no hacerse ninguna referencia en el resto de analíticas (p. ej. VERNEAU, 1996a [1879]; 1996b [1882] y 1996c [1886]), salvo para confirmar las similitudes que presenta la población de Lanzarote con su vecina Fuerteventura (1996d [1887]: 80-81).¹¹

La información que aporta sobre las fosas de San Marcial del Rubicón tampoco es muy detallada. Llevado al lugar por un guía de la zona, mandó exhumar las dos fosas que le fueron indicadas. Dado que el interés de Verneau se centraba en cráneos con coeficientes métricos muy marcados, los restos que encontró no le merecieron excesivo interés. Los correspondientes a la primera fosa – tres cuerpos alineados en posición decúbito supino – son emparentados al grupo de Bethencourt, a partir de la carencia de rasgos definibles en sus cráneos. Posiblemente, y aunque se omita cualquier referencia a ello, la ausencia de estructuras tumulares o de elementos reconocibles en el ajuar que los acompañaba llevó a Verneau a descartarlos como aborígenes. Algo que parece reproducirse en la segunda fosa que exhuma, un revuelto de huesos sin conexión anatómica. Sin embargo, en esta, la falta de un cráneo que especificase su adscripción, independientemente del contexto que acompañaba a los restos, terminó por plantearle serias dudas. Mandó sepultarlos nuevamente aduciendo el mal estado de conservación que ofrecían los huesos.¹²

Contrariamente a lo que pudiera esperarse para un rastreador de restos humanos tan experimentado como Verneau, el porcentaje de evidencias antropológicas localizadas en Lanzarote, en comparación con las otras islas, puede concebirse como una anomalía. El propio Verneau se lamentará por

10 «No puedo olvidar los esfuerzos que hizo [el párroco de Haría] para procurarme documentos, y es a él a quien debo el único cráneo que me he traído de Lanzarote» (VERNEAU, 2003 [1891]: 137).

11 «Si ciertas observaciones no me hubieran permitido extraer algunas deducciones que, espero, no parezcan demasiado arriesgadas, me hubiese visto obligado a dejar esta isla a un lado. De forma indiscutible, la industria nos demuestra que los habitantes de Lanzarote y de Fuerteventura tenían entre sí grandes analogías. Es bastante lógico, pues, aplicar a los primeros las conclusiones a las que nos conduce el estudio de los segundos. Me creo autorizado a hacerlo ya que, en Lanzarote, he podido observar a un buen número de personas que, por el conjunto de sus rasgos, difieren por completo de los que se establecieron en la isla después de la conquista y que se aproximan singularmente a los primitivos habitantes de Fuerteventura; sólo puedo considerarlos descendientes de los viejos isleños. En las montañas del sur todavía existen algunas aldeas aisladas donde predomina el tipo antiguo. He medido los huesos que he encontrado en los osarios de los cementerios de esas localidades» (VERNEAU, 1996d [1887]: 80).

12 «Mí guía me afirmaba que había visto enterrar allí un cadáver entero, que había sido descubierto en una cueva de la montaña vecina. Hice practicar excavaciones y encontré, no solamente uno, sino tres esqueletos enterrados uno al lado de otro. Los cráneos no ofrecían ningún carácter que viniese a apoyar los dichos de un hombre del que había aprendido a desconfiar, así que mandé a colocar en su sitio aquellos huesos, que podrían ser muy bien los restos de algunos compañeros del conquistador. Un poco más lejos, al fondo de un barranco pequeño, encontré, al lado de un pozo de agua salobre, un viejo pastor que me contó la misma historia, pero, según él, el guanche había sido enterrado en el mismo barranco en que nosotros estábamos, cerca del mar. Me indicó el sitio con tanta precisión que también mandé a excavar. En efecto, encontré algunos huesos humanos, pero en tan mal estado de conservación que era imposible sacar de ellos alguna conclusión» (VERNEAU, 2003 [1891]: 156).

este hecho, con la ironía que le caracterizó. Las rebuscas sistemáticas en los acantilados de Famara, en el malpaís de Órzola o en los barrancos de Los Ajaches, no le ofrecerán más que «algunos lagartos que no se encuentran en las otras islas (*Lacertus Atlanticus*), insectos, arañas, conchas poco variadas y un cierto número de muestras mineralógicas [las cuales] constituyeron todas mis recolectas» (VERNEAU, 2003 [1891]: 135).

Los autores posteriores, sobre todo aquellos que intenten insertar el pasado aborigen de Lanzarote en historias generales a finales del siglo XIX, seguirán empleando el «préstamo empírico» para completar el capítulo de prácticas sepulcrales de los *mahos*, como solución a lo que se suponía era una «ausencia» de registro y, en ningún caso, resultado de un comportamiento cultural peculiar de los *mahos*. Así, Chil y Naranjo o Bethencourt Alfonso mencionarán, siguiendo a Abreu Galindo o a Marín de Cubas la presencia de tradiciones, como la momificación, sin aportar nuevos elementos empíricos que así lo constatasen.¹³

Durante el período de la Comisaría Provincial de Excavaciones arqueológicas, la cuestión de la ausencia de restos humanos en la Isla será nuevamente objeto de especial atención, pero en esta ocasión por su vinculación con el descubrimiento de la *quesera* de Zonzamas en la década de 1930. Tanto Casto Martínez González¹⁴ como Sebastián Jiménez Sánchez¹⁵ o Agustín de la Hoz¹⁶ vieron lógico asociar la monumentalidad de la *quesera* a connotaciones de carácter ritual o simbólico con que dotar de sentido a esta singularidad arqueológica. Así, y sin aportar evidencias que lo demostraran, asociarán a los muros circulares de la cercana Montaña Maneje enterramientos tumulares e, incluso, llegarán a plantear la existencia de un cementerio bajo la propia *quesera*. El desconocimiento de sepulcros o necrópolis en la Isla llevó a trasladar la posibilidad de su localización a una de las zonas que, a finales de 1950, estaba aportando un mayor número de evidencias asociables a los primeros pobladores: el malpaís de La Corona. Tras el descubrimiento de Telesforo Bravo y Mariano López Socas de una nueva *quesera*, así como de las noticias publicadas por Agustín de la Hoz sobre esa parte de la Isla, se planteó que «en esta extensa área no ha habido investigación alguna debido a lo penoso de transitar por ella, y si algo inédito de los aborígenes queda en la

13 Por ejemplo, Chil y Naranjo afirmaba que «Sábese que embalsamaban los cadáveres, y en tal estado los extendían sobre pieles de cabras y los cubrían con otras, que no habían servido para uso alguno, depositándolos en cuevas destinadas al efecto. Yo no he tenido la fortuna de ver ninguna momia, ni aun de poseer restos de Guanches Lanzaroteños, y según se me ha informado por personas que me merecen entero crédito, fuera de unas cuantas cuevas que parece debieron servir de necrópolis, pero que hoy están completamente vacías, no existe ya, ó no ha sido posible descubrir ninguna otra en que fuese dado estudiar» (CHIL, 1880: 407-408).

14 La Quesera de Zonzamas «¿Qué uso podría tener esta descomunal muestra de los hercúleos brazos de quienes la transportaron a aquel sitio, y de los que dejaron las profundas huellas en su superficie?; ¿se trata de algún EFEQUEN donde los guanches celebraban sus ceremonias religiosas, regando con la leche de las cabras sagradas aquellos huecos mientras hacían sus oraciones en unión de las Maguadas?, ¿sería un lugar de sacrificio, donde realizaba sus terribles sentencias la Justicia Guanche?, ¿se encontrará acaso bajo su pesada mole un Cementerio Real?» (MARTÍNEZ, 1940: 22).

15 «En la zona de 'La Quesera' [de Zonzamas], monumento este ya conocido pero no del todo estudiado, descubrimos las ruinas de varias viviendas ciclópeas y vestigios de enterramientos tumulares de base circular» (JIMÉNEZ, 1945: 3).

16 «alcanzando a las montañas de Zonzamas donde existe la necrópolis que dio origen a la traición más grande cometida contra nuestros antepasados. Por cierto, ese sacrificio en masa de nuestros aborígenes no está representado ni por un momento, ni por ningún signo exterior que exalte tal triunfo moral del canario» (DE LA HOZ, 1959: 3 [La gran desconocida II]).

Isla, incluso tumbas, es allí donde éstas pueden estar conservadas, casi intocadas» (BRAVO, 1959-1960: 17). Sin embargo, y pese a noticias posteriores que insistían en esa misma línea, no se llegó a constatar nunca presencia de restos humanos más allá de vagas indicaciones.¹⁷

Sí aparecerán nuevos restos humanos en la excavación de San Marcial del Rubicón emprendida por los hermanos Serra Ràfols a finales de 1950. Junto a los elementos arquitectónicos del castillo, los pozos y la supuesta catedral, las prospecciones de la zona identificarán una necrópolis con, al menos, dos esqueletos bien conservados. El primero, a unos «20 m aproximadamente de la cruz, en un nivel inferior» muy bien delimitado por el sedimento, «extendido boca arriba, orientado de NE a SW» pero sin ajuar que lo acompañara. El segundo individuo, a pocos metros del anterior, presentaba las mismas características aunque «con el cráneo parcialmente aplastado». Dadas las circunstancias del descubrimiento, sus investigadores no dudaron en asociarlo a las prácticas funerarias del templo cristiano, otorgándole una cronología muy laxa «entre los siglo XV y XVII» debido a la ausencia de ajuar (SERRA, 1960: 358-359).

Hallazgos con una adscripción tan tardía se sucederán durante las décadas posteriores. Como consecuencia de escorrentías, descubrimientos fortuitos, reformas o de nuevas construcciones se tendrá constancia de, por ejemplo, varios cráneos y centenares de huesos muy fragmentados que las lluvias dejaron al descubierto cerca del caserío de Nazaret en 1964 (TOPHAM, 1964); de la presencia de un esqueleto infantil durante las obras de la plaza de La Vegueta en 1973 (Topham, 1973); los restos localizados «a unos veinte metros de profundidad» mientras se acondicionaba el centro audiovisual del Jameo del Agua en 1977 (TOPHAM, 1977); o más recientemente, de la aparición de dos cráneos durante unas tareas agrícolas en Uga (CABRERA, PERERA y TEJERA, 1999: 127). Igualmente, se registrarán numerosas informaciones orales difíciles de contrastar como, por ejemplo, la de la supuesta necrópolis próxima al poblado de La Majada (Pallarés, 1979); las de restos aparecidos en la Iglesia del Socorro de Tiagua; en los Bebederos-Tiagua; en la parte delantera de la Peña de las Cucharas (Fiquinino);¹⁸ en la Cueva del Majo (Tiagua) o en la montaña de Tamia (DE LEÓN y ROBAYNA, 1989: 55).¹⁹ Sucesión de hallazgos que solo alimentaron la imaginación de aficionados y curiosos pero que no aportaron evidencias mínimamente plausible de un posible contexto sepulcral aborigen.

17 «Pastores viejos andan convencidos, muy seguros, y lo afirman, que el Mahío tuvo momias y abundancia de grandes vasos y vasijas, algunas con restos de grasa animal, carne seca, sal y grano molturado; junto a la comida, utillaje de piedra y hueso. Era el consabido viático de los muertos, la buena fe de los vivos. Empero, durante centenares de años, se hizo festín de tan importantes vestigios y hoy sólo hay escombros donde debería haber emociones desconocidas. El expolio frustró, una vez más, aquel esfuerzo primero para defender el cadáver contra la destrucción y perpetuarlo en el futuro. Pero si los muertos no están, queda el substrato conservado en la toponimia, vivo en el habla popular, que tanto vale» (DE LA HOZ, 1990 [1966]: 38).

18 Leyenda que hace alusión a «una tumba guanche y a un santón moro» recogida por Leandro Perdomo en la prensa y que luego recopilará en sus *Crónicas insulares* (PERDOMO, 1975 y 1978).

19 «Para el caso del Jable de Arriba poseemos tan sólo una serie de referencias orales, que ya hemos comentado, pero en ningún caso restos humanos. Los más destacados son las referencias a hallazgos en Fiquinino (información Federico Umpiérrez-Tiagua), en los Bebederos de Tiagua (Leandro López-Tiagua), debajo de la ermita del Socorro (numerosos restos según Juan Bonilla y otros vecinos de Tiagua), en la cueva del Majo en Tiagua (un cráneo llevado por un maestro de Tinajo), así como otras referencias menos concretas que hablan de hallazgos en la montaña Tamia, y en distintos sitios del Jable» (DE LEÓN, ROBAYNA y PERERA, 1990: 302)

Un poco diferente, aunque con similares problemas de adscripción, será el descubrimiento de la cueva de La Chifletera en 1968. Fue la primera ocasión en la que se documentaron restos humanos asociados a un yacimiento de los *mahos* o, al menos, con características que pudieran vincularse a los primeros habitantes de la Isla (ver figura nº 2). El esqueleto,²⁰ localizado por unos espeleólogos en una oquedad de difícil acceso en El Golfo, apareció acompañado de un colgante fabricado con un esternón humano, perteneciente a un individuo joven. El resto del ajuar, del que se posee informaciones contradictorias, estaba compuesto por maderas carbonizadas, una vasija (o simple fragmento según algunas fuentes), caparazones de malacofauna y una serie de trenzas de pelo humano que no se habían descompuesto (TOPHAM, 1969; PERERA y MARRERO, 2000: 483). Asociado en un primer momento a una antigüedad que no superaba los 200 años, con el tiempo fue tomando fuerza en la prensa su adscripción aborígen, dado que aparecieron con posterioridad restos de cerámica a mano en otra cueva relativamente cercana. Sin embargo, pese a las carencias que ofrecía el contexto arqueológico,²¹ la ausencia tan palpable de restos humanos en la Isla llevó a su rápida inclusión como evidencia aborígen. Así, quedará instaurada públicamente su adscripción cuando aparezca en el estudio de Carmen del Arco Aguilar sobre el *Enterramientos canario prehistórico* a mediados de la década de los años 70 del siglo XX (ARCO, 1976: 77-78).

Algunos años después, en 1979, el guarda de Patrimonio histórico Juan Brito Martín procederá a levantar una serie de enterramientos situados en Los Roferos del Castillo, en las laderas del Guanapay. Descubiertos los restos por unos niños al quedar visibles debido a las fuertes lluvias, se identificaron tres individuos, uno con ajuar integrado por conchas y cabeza apoyada en una piedra de lava (ver figura nº 3) y otros dos, situados a unos diez metros, que poseían, según algunos vecinos, alfileres y un peine de oro (HERNÁNDEZ, CEJUDO *et al.*, 1987: 234; CABRERA, PERERA y TEJERA, 1999: 281). Debido a que no llegó a redactarse ninguna memoria de la actuación, la información resulta contradictoria ya que se desconoce, incluso, si la posición original de la primera inhumación era decúbito lateral flexionado o decúbito supino (HERNÁNDEZ, CEJUDO *et al.*, 1987: 262, nota 52).

Posteriormente, y en la misma zona, durante el verano de 1983, se realizaron dos nuevas intervenciones arqueológicas de las que sí existe información publicada: Los Roferos del Castillo y Los Divisos (ver figuras nº 5a y 5b).²² La primera excavación, con ausencia de niveles estratigráficos y escasa potencia de relleno (60 cm), dejó al descubierto una inhumación de un joven de unos 10-15 años, en posición decúbito supino, y cuyo cráneo fue posteriormente robado. Asociado a las vértebras cervicales se identificaron «dos piezas unidas por un fino hilo metálico de algo más de 2 cm; una de ellas es un pequeño aro de plata de 2,5 cm de diámetro con sus dos puntas abiertas y superpuestas una a la otra, y la segunda pieza, una cuenta de collar de 2 cm de forma atonelada y elaborada en pasta vítrea» (HERNÁNDEZ, CEJUDO *et al.*, 1987: 241). Esparcido por la zona, pero sin aparente conexión estratigráfica con los restos humanos, se localizó material lítico

20 Faltándole «únicamente el cráneo, un par de costillas, el brazo y el pie izquierdos» (TOPHAM, 1969).

21 «La lejanía del enterramiento a zonas de hábitat y la ausencia de excavación o método arqueológico en los trabajos de extracción del material, nos plantea dudas acerca de su pertenencia a la cultura aborígen» (PERERA y MARRERO, 2000: 483).

22 Mientras se realizaban las excavaciones se localizó «un brazo, un antebrazo y una mano en el interior de la marea de Guadarfía» (CABRERA, PERERA y TEJERA, 1999: 281).

(núcleos y lascas de basalto), seis grandes cornamentas de cápridos, microfauna, malacofauna y numerosos fragmentos cerámicos (algunos con decoración a base de trazos geométricos unglados y en metopas, además de un fragmento de cerámica melada con barniz de factura postconquista).

La segunda excavación arqueológica (Los Divisos), se realizó en la trasera del Convento de San Francisco, como consecuencia de la apertura de una zanja por una pala mecánica que dejó al descubierto un cráneo infantil. Con similares problemas estratigráficos, se localizaron dos esqueletos infantiles casi intactos junto a una serie de objetos metálicos, una pieza de vidrio, varios fragmentos de cerámica histórica y una gran densidad de piezas de época aborígen. El análisis de la distribución espacial del registro llevó a sus investigadores a argumentar, como ocurriera para Los Roferos del Castillo, que los restos humanos serían inclusiones posteriores a la ocupación aborígen, tal y como lo evidenciaba su estado, casi intacto, y el paquete sedimentario de color ceniciento que envolvía a los esqueletos (HERNÁNDEZ, CEJUDO *et al.*, 1987: 263).

La conclusión alcanzada para ambas excavaciones fue que se encontraban ante una necrópolis coetánea o posterior a la conquista europea, que podría asociarse a las invasiones de origen africano que había sufrido la Villa de Tegui se durante los siglos XVI-XVIII, o asociados a los aportes poblacionales de moriscos del siglo XVI (HERNÁNDEZ, CEJUDO *et al.*, 1987: 242-243). Enterrados fuera de los límites de la ciudad, y posiblemente motivado por su condición de no cristianos, ocuparían el mismo espacio que la denominada Gran Aldea, la cual se extendería bajo el actual casco urbano de la Villa de Tegui se, tal y como lo evidenciaban las fuentes documentales y el importante registro arqueológico localizado en la zona.²³

Finalmente, la última excavación arqueológica publicada en la que hasta la fecha se han documentado restos humanos, fue realizada en la cueva de la Caldera de Montaña de Mina (ver figura nº 4). Enclave que, dadas sus características, puede definirse como el único contexto sepulcral susceptible de ser adscrito sin dificultad a los primeros habitantes de Lanzarote. Excavada en 1979, tras el descubrimiento de restos humanos por un pastor de Argana, Ginés Elvira Acosta, se localiza cerca de la base de una de las elevaciones más importantes de la zona, y a pocos kilómetros de Zonzamas.²⁴ Compuesto por dos sectores diferentes, el registro óseo apareció distribuido de forma similar al de otros ámbitos funerarios constatados en Tenerife o Gran Canaria: con los cráneos separados del resto del esqueleto y agrupados en una zona apartada. El área superior correspondía a un pequeño abrigo de planta de tendencia trapezoidal donde se descubrieron siete cráneos «en distintas posiciones y alturas [...] delimitados por un muro [de tendencia triangular] realizado a base de arcilla muy apelmazada y compacta y

23 «Todo esto nos conduce a afirmar: 1.- Que se trata de enterramientos bastante posteriores a la conquista. 2.- Que los cadáveres fueron sepultados de forma sencilla, sin ningún tipo de rito funerario. 3.- Que de esta forma, revolvieron aún más, una parte ya abandonada y alterada del antiguo asentamiento aborígen. 4.- Que en todo caso son anteriores posiblemente a la roturación agrícola de esta zona, ya que por información oral sabemos que han existido cultivos realizados con diferentes técnicas —gavias, enarenados— y esta última se realizó a mitad de este siglo, según información oral. 5.- Que debió ser práctica algo común en el área, toda vez que presuponemos la existencia de numerosos enterramientos de iguales características» (HERNÁNDEZ, CEJUDO *et al.*, 1987: 263).

24 Hace pocos meses se publicó en prensa la aparición, también en las cercanías de Montaña de Mina, de nuevos restos humanos durante las obras para canalizar un tendido de agua (SÁNCHEZ, 2015) que se encuentran aún en estudio.

piedras de pequeño tamaño» junto a algunos huesos muy fragmentados (MARTÍN, CÁMALICH y THOVAR, 1982: 279). Escasamente a un metro de distancia, pero a un nivel inferior, se identificaron los dos cráneos que descubrió el pastor, junto a otra serie de huesos largos, más abundantes que en la parte superior, pero sin disposición anatómica (ver figuras nº 6a y 6b). Asociado a este revuelto apareció un ajuar compuesto por cuatro piezas cerámicas (una de ellas completa), un punzón realizado en hueso de cabra, una cuenta de collar de piedra, cuatro piezas malacológicas con incisiones o biseladas y once conchas de molusco sin tratamiento alguno (MARTÍN, CÁMALICH y THOVAR, 1982: 280-282).²⁵

La relevancia del contexto arqueológico, así como de la información sepulcral que puede inferirse, convierten a este enclave en uno de los más importantes para el estudio de los primeros pobladores de la Isla. El yacimiento fue interpretado por sus excavadores como una cueva funeraria donde «un enterramiento colectivo inicial que, en un período más tardío y sin posibilidad actual de precisar el momento exacto cuando se produce, fue reutilizado con uno o dos enterramientos más, tras una adecuación previa del reducido espacio con que se contaba en el lugar. La transformación consistiría en retirar los restos anteriores de su posición original, situarlos en un sector de la cueva adaptado como osario, mientras que los cráneos serían sometidos a un tratamiento más respetuoso» (MARTÍN, CÁMALICH y THOVAR, 1982: 282). Al tiempo que desechaba la posibilidad de un culto al cráneo ya que dichas evidencias se encontraban en ambos sectores de la cueva, y el ajuar sólo en la zona inferior, lugar en el que se localizó la menor concentración de cráneos (MARTÍN, CÁMALICH y THOVAR, 1982: 283).

Desde principios de los años 80 del siglo xx algunas fuentes indirectas señalaban la aparición de restos humanos en las proximidades del núcleo urbano de Tahiche,²⁶ aunque del descubrimiento y recogida de los restos poco se sabe.²⁷ No existe ninguna documentación escrita que lo confirme, aunque la «tradición oral» menciona la presencia, como mínimo, de un cráneo y numerosos huesos largos que alguien localizó en la zona y que conservó en su domicilio, sin que las autoridades competentes llegasen a intervenir en ningún momento. La existencia de algunos de estos restos ha sido confirmada en una de las ponencias

25 «El total del material recuperado del yacimiento estaba compuesto por once cráneos, dos de ellos muy destrozados, seis mandíbulas, catorce húmeros y cúbitos, doce radios, diecisiete fémures, nueve tibias y algunos huesos de pies y manos. Todos estos restos pertenecen a individuos adultos, maduros o seniles, no habiéndose encontrado ninguno infantil o juvenil» (CABRERA, PERERA y TEJERA, 1999: 279).

26 «42. *Información oral* sobre un supuesto cementerio aborígen sepultado por la lengua de lava del siglo XVIII. al N. del Llano de Zonzamas (Maximino Pastor de Nazaret). No hemos podido confirmar aún este dato» (DE LEÓN y ROBAYNA, 1989: 55).

27 Según indica José de León Hernández en su Tesis Doctoral, en 2005 «al quedar al descubierto un sector de jable debido a extracciones de piedras, pertenecientes a la colada fluida del s. XVIII que llega hasta Arrecife, aparecieron siete individuos asociados a algunos restos de fauna terrestre y marina. Estos han sido estudiados por el arqueólogo Javier Velasco Vázquez y por la arqueóloga Verónica Alberto Barroso, que apuntan algunos elementos que pudieran relacionar los restos con las poblaciones aborígenes de la isla, si bien se hace necesario emprender una excavación sistemática, en esta zona, para obtener más información de este yacimiento» (DE LEÓN, 2006: 1199). Similares datos aporta en la entrevista que *Bienmesabe.org* le hace en 2007: «descubrimiento de restos humanos en un barranco colmatado de la zona de El Jable. De León adelantó que en uno de los frentes de avance del Volcán de Las Nueces se localizó, “en el borde de un barranquillo sepultado”, un pequeño enterramiento con restos humanos que, presumiblemente, datan de época aborígen» (<http://www.bienmesabe.org>, 6 de mayo de 2007, número 155). De momento, no hay información de esos restos ni del informe técnico encargado.

del VI Congreso Internacional de Estudios sobre Momias celebrado en Teguíse en 2007 (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et al.*, 2008: 170). En dicha publicación, y junto a algunas referencias inéditas que amplían datos ya conocidos sobre otros descubrimientos, se hace mención a la «Necrópolis de Tahiche» sin ofrecer ninguna información sobre su composición, ubicación o características, pero sí incluyendo una fotografía de un cráneo perteneciente a un subadulto femenino (ver figura nº 7), al que le falta una parte del hueso parietal derecho (*Ibidem*). Pese a formar parte de la muestra utilizada en el análisis bioantropológico de la publicación, lo cierto es que, a diferencia del resto de evidencias empleadas, no llega a ofrecerse ninguna valoración o descripción arqueológica de la citada «Necrópolis de Tahiche», omitiendo cualquier tipo de referencia al ritual y ajuar que le acompañaría (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et al.*, 2008: 166-168 y 172-177). Aunque posiblemente esto se deba relacionar con las peculiaridades del descubrimiento y a la confidencialidad exigida por el informante, la relevancia de la muestra en las conclusiones alcanzadas exige un tratamiento muy diferente de esa documentación.²⁸

3. ESTUDIOS Y ANALÍTICAS

Analizado globalmente, la secuencia de los descubrimientos de restos humanos en Lanzarote a lo largo de los años no ha estado exenta de problemas de adscripción o de contextualización arqueológica. Salvo la cueva de Montaña Mina, el resto de evidencias plantea tantas dudas que invalidarían, o al menos deberían poner en cuarentena, a casi la totalidad de las muestras bioantropológicas de la Isla. Sin embargo, la escasez de evidencias en la Isla ha llevado a los investigadores a no desechar como aborígen una serie de restos que, en otros contextos, se habrían descartado. Comúnmente sigue aceptándose la adscripción aborígen de muchos de ellos independientemente de la rotundidad con la que se expresaran los investigadores que excavaron dichos contextos sepulcrales.²⁹ De modo que se ha seguido planteando la posibilidad de una adscripción aborígen de, por ejemplo, los enterramientos de la ladera del Guanapay, incorporándolos a las analíticas bioantropológicas sin excesivas complicaciones.³⁰

Hasta la fecha se conocen dos estudios monográficos:³¹ el trabajo que M^a Dolores Garralda publicó tras el descubrimiento de la necrópolis de Montaña Mina

28 Tal y como se detalla en dicha publicación, si se dejan de lado el individuo de la Cueva de La Chifletera, los seis de las laderas de Guanapay y los, al menos, doce de Montaña Mina, todos ellos documentados con anterioridad, se estaría hablando de 36 individuos diferentes para la llamada «Necrópolis de Tahiche», cifra que elevaría considerablemente la muestra bioantropológica de Lanzarote, pues supondría el 65% del total. Sin embargo, la ausencia de cualquier tipo de contextualización arqueológica de una muestra tan amplia acarrea, ineludiblemente, la puesta en duda de los resultados obtenidos en el estudio, independientemente de que sus conclusiones aporten poco más de lo indicado en el anterior trabajo de M^a Dolores GARRALDA BENAJES (1985).

29 Ver, por ejemplo, la publicación de las excavaciones de Los Roferos del Castillo y Los Divisos y el empleo que investigadores posteriores hacen de las conclusiones alcanzadas en dicho estudio.

30 En la ponencia del VI Congreso Internacional de Estudios sobre Momias se exponen los resultados obtenidos del estudio realizado a 55 individuos procedentes, sin especificar, de la necrópolis de las laderas de Guanapay, las cuevas funerarias de Montaña Mina y La Chifletera, así como de la propia «Necrópolis de Tahiche», todos ellos fechados, según los autores, entre los siglos VI y XIV d.n.e. (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et al.*, 2008: 169-170).

31 Debe mencionarse también la breve síntesis que Matilde Arnay de la Rosa (1998) realiza en la obra de divulgación *Patrimonio Histórico de Canarias* de la Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias, en la que sintetiza la información publicada hasta entonces.

(GARRALDA, 1985) y el que ha realizado recientemente Conrado Rodríguez (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008). Aunque este último utiliza una muestra relativamente mayor, ambos llegan a conclusiones parecidas desde marcos disciplinares muy diferentes: debido a la falta de concreción cronológica de las muestras, las características bioantropológicas de los restos analizados de Lanzarote presentan anomalías dentro del contexto del Archipiélago.

El estudio métrico y morfoscópico de M^a Dolores Garralda se realiza sobre el conjunto de cráneos y esqueleto post-craneal aparecidos en Lanzarote hasta 1979, momento en que se descubre la cueva de Montaña Mina (MARTÍN, CÁMALICH y THOVAR, 1982). Acorde con planteamientos de la época, organizará los restos óseos a partir de patrones morfológicos definidos según criterios métricos y formales, ya que buscaba enfatizar las similitudes raciales con supuestos arquetipos (mediterráneo, cromañón), con el fin de constatar la movilidad geográfica de dichas variedades. La idea que subyace a esta forma de abordar el registro bioantropológico parte de la aceptación implícita de la relación entre similitud física y ancestros comunes, entre coeficientes craneales y bagaje cultural, perspectiva cuyo referente más conocido en Canarias han sido los trabajos de Ilse Schwidetzky (por ejemplo, SCHWIDETZKY, 1963). Así, y partiendo del análisis de 14 individuos, define a la población aborigen de Lanzarote como dolicocefala, de bóveda mediana o baja, mesena, leptorrina, cameconca y ortognata (GARRALDA, 1985: 447).³² Desde el punto de vista morfotípico asocia los restos a la variedad mediterránea robusta y grácil norteafricanas, «si bien algunos de ellos muestran rasgos mechtoides atenuados» (*Ibidem*). Es decir, que los índices obtenidos trascenderían el convencional binomio racial Cromañón/Mediterráneo, por cuanto dichas muestras poseerían características específicas de cada una de ellas.

La otra aportación al análisis de los restos óseos humanos en Lanzarote se plantea desde perspectivas más recientes, con un rechazo consciente a anteriores aproximaciones raciológicas, y enmarcado dentro de la óptica de la moderna bioantropología. Corresponde al estudio de 55 individuos realizado por Conrado Rodríguez para la ponencia presentada en el *VI Congreso Internacional de Estudios sobre Momias*, celebrado en Tegui en 2007 (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008). En este trabajo se realiza un estudio macroscópico para la determinación de la edad, sexo y estatura, así como de las posibles patologías presentes en el tejido esquelético con el fin de acercarse a la bioantropología de las «poblaciones protohistóricas» (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008: 165). Este estudio se realiza en un momento en el que las investigaciones sustentadas en mediciones óseas han sido abandonadas por la comunidad científica, debido a sus fuertes vinculaciones con las teorías racistas, y se presta atención a análisis orientados a la identificación de patrones de comportamiento (alimentación, enfermedades, etc.). Dejando de lado el problema identificado anteriormente con el origen y procedencia de la muestra empleada, los resultados indican la presencia de una estatura y unos patrones osteométricos

³² Aspectos todos ellos que remarcan una supuesta continuidad racial con poblaciones norteafricanas, pero que omiten cualquier tipo de referencia a sus formas de vida. Dentro de este marco teórico, que constituye la primera aportación de la Antropología Física a los estudios del pasado en Lanzarote, Garralda apunta algunas prácticas subsistenciales desarrolladas por la población aborigen de Lanzarote. Junto a la afirmación de que la estatura de los restos analizados es superior a la media de Gran Canaria, «son patentes una acusada robustez y marcadas líneas de inserciones musculares» y se destaca la presencia de artritis y de una dentición «en muy mal estado, muy abrasionada, con caries y numerosas huellas de enfermedades paradontales» (GARRALDA, 1985: 447).

por encima de la media, de marcadores bajos de estrés metabólico, de la artritis articular degenerativa como enfermedad más frecuente (especialmente en los miembros superiores y columna vertebral), constatándose además la ausencia de infecciones, tumores, malformaciones congénitas y traumatismo tan comunes en otras islas del Archipiélago (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008: 178). Aunque los resultados obtenidos parecen corresponder a los de una primera aproximación al tema, parece cierto que el tamaño de la muestra «no es suficiente desde el punto de vista estadístico como para poder plantear una teoría general sobre la antropología biológica y la patología de la población esquelética de Lanzarote» (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008: 170), algo que los propios autores achacan a «la escasez de datos existentes y por lo general a la falta de método en la forma en que se ha producido su recuperación» (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008: 165).

Estas dificultades condicionan de tal manera las conclusiones obtenidas que se llega a una situación un tanto paradójica. Si se atiende a los resultados del análisis bioantropológico de los restos de Lanzarote y a la excepción de los índices de la osteoporosis y la artritis, lo atípico de las afirmaciones alcanzadas impiden correlacionar las evidencias de la Isla con las del resto del Archipiélago. Así, tanto la estatura y robustez, «elevada para la población de su época» (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008: 171), como la ausencia total de malformaciones, anomalías congénitas y traumatismo accidentales, o por violencia, tan frecuentes para el resto de las Islas (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008), muestran índices difícilmente interpretables en el contexto aborígen canario. Algo «llamativo», según sus investigadores, ya que «aunque el tamaño de la serie estudiada es pequeño, resulta suficiente para que existiera algún caso si su frecuencia fuera similar a la de otras islas del archipiélago» (ATOCHÉ, RAMÍREZ *et. al.*, 2008: 172).

En general, de lo que ambos estudios parten es que las prácticas rituales de los *mahos* de Lanzarote no deberían diferenciarse excesivamente del comportamiento sepulcral identificado para otras islas del Archipiélago. Algo que los resultados ofrecidos no parecen constatar. Esta discrepancia debe ser entendida a raíz de la utilización de poblaciones cronológicamente dispares en la muestra analizada. Es decir, que ante la ausencia de suficientes descubrimientos sepulcrales los investigadores llegan a mezclar indistintamente restos humanos de época anterior y posterior a la conquista europea para analizar los yacimientos funerarios de los *mahos*. De ahí las grandes discrepancias que muestran los resultados bioantropológicos y su aparente contradicción a la hora de explicar la sociedad de los primeros habitantes de la Isla.

4. PATRONES DE DISTRIBUCIÓN

Un aspecto recurrente en las investigaciones ha sido dilucidar el patrón de distribución de los enterramientos aborígenes de la Isla. Las cuevas naturales constituyen el soporte sepulcral más habitual entre los distintos pobladores de las Islas Canarias, y su utilización ha sido documentada en todas ellas. Sin embargo, y en lo que se refiere a Lanzarote, esta afirmación no quedó constatada hasta la aparición, en noviembre de 1968, del esqueleto de la cueva de La Chifletera. Hasta entonces, y sin constatación empírica alguna, se asumía que esta forma de enterramiento era la habitual entre los antiguos habitantes de la isla.

Los intentos por localizar esta tipología de yacimiento han sido constantes. Verneau, por ejemplo, insistió siempre en el uso de cuevas como lugar de

enterramiento. Y en su recorrido por la Isla intentó, en vano, localizarlas. Así lo refiere cuando examina los altos y acantilados de Famara, en los que «grandes musgos y siemprevivas cubren todos los peñones, que están llenos de cuevas. Visité una gran cantidad, pero ninguna contenía nada que indicara que habían servido de viviendas o de sepulturas» (VERNEAU, 2003 [1891]: 136), o cuando recorre la zona de San Bartolomé.³³ Pese a ello, y ante la escasez de evidencias, Verneau terminará recurriendo a la analogía con el resto de islas para definir la sepultura en cueva como la forma habitual de enterramiento entre los *mahos* de Lanzarote, ya que «por todas partes, las cuevas sepulcrales proporcionan la misma información, de modo que puedo limitarme a una descripción general que se aplicará a cualquier isla del Archipiélago» (VERNEAU, 2005 [1889]: 89).

Algo similar se plantea con el empleo del término de túmulos, o de algún tipo de estructura de tendencia rectangular que pueda vincularse a sepulcros. Pese a las constantes alusiones realizadas a lo largo de los años por distintos autores, no ha sido posible establecer, más allá de lo planteado por referencias orales, la viabilidad del enterramiento tumular para Lanzarote. Ni en las supuestas fosas descubiertas por Verneau o los hermanos Serra Ràfols, como tampoco en las laderas del Guanapay o en el malpaís de La Corona, se han obtenido pruebas de dicha asociación. Las recientes prospecciones realizadas en los altos de Famara tampoco han sido capaces de evidenciar referencias arqueológicas que permitan afirmar la existencia de este tipo de enterramientos. Por lo que, nuevamente, se estaría ante la adscripción de un comportamiento social sin correlatos arqueológicos, pero que la tradición historiográfica sigue aceptando sin poseer suficientes evidencias empíricas. Siquiera Verneau, pese a sus esfuerzos, fue capaz de localizar necrópolis o túmulos en la Isla. La información que aporta se basa, nuevamente, en referencias secundarias sin correlato arqueológico.³⁴ Igualmente, la mayoría de autores del siglo xx admitirán la presencia de túmulos en distintas zonas de la Isla y comenzarán a enfatizar, de forma recurrente, la relación entre cualquier tipo de estructura o apilamiento de piedras con una función de carácter sepulcral. Así, tanto Jiménez Sánchez o Agustín de la Hoz, verán en las estructuras de Montaña Mina o Arrieta evidencias claras de enterramientos y necrópolis que aclararían dicho enigma.³⁵

En las últimas décadas, e incentivado por los recientes descubrimientos de estaciones de canales y cazoletas en las faldas de montaña, se han emprendido

33 «Me puse con mis hombres a explorar la cadena montañosa que comienza al sur de esta aldea y que continúa hasta el extremo meridional de la isla. Tuve la certeza de que me habían engañado. No existen huellas de sepulturas antiguas en los alrededores de San Bartolomé. Las pocas cuevas que hay en las proximidades son poco profundas y se puede afirmar, casi con seguridad, que no fueron utilizadas por los antiguos habitantes. En efecto, han sido excavadas recientemente y son el resultado de la extracción del picón, gruesa arena volcánica con la que se cubre en Lanzarote todos los campos cultivados» (VERNEAU, 2003 [1891]: 141-142).

34 Aunque en su obra más famosa —*Cinco años de estancia en las Islas Canarias*— llega a afirmar que «en Guatiza he encontrado las pruebas de que los antiguos habitantes enterraban a sus muertos bajo túmulos de piedras» (Verneau, 2003 [1891]: 139), lo cierto es que, en su *Viviendas, sepulturas y lugares sagrados de los antiguos canarios*, estudio mucho más empírico y centrado en evidencias materiales, termina matizando que «esta afirmación sólo se basa en la información que nos ha sido proporcionada por los campesinos del pueblo de Guatiza» (VERNEAU, 2005 [1889]: 105).

35 Las evidencias localizadas en Arrieta, pese a que no dio «tiempo para que los expertos sacaran de ella algún partido» antes de su destrucción (DE LA HOZ, 1994 [1962]: 162), quedó grabada en el imaginario colectivo, siendo reproducido con posterioridad por diversos informantes.

nuevos trabajos de campo encaminados a localizar enclaves de carácter sepulcral que pudieran reproducir patrones similares a Fuerteventura. Ante la evidente ausencia de oquedades naturales susceptibles de contener restos humanos, las prospecciones se han orientado hacia la identificación de túmulos funerarios en áreas relativamente aisladas como zonas elevadas o de difícil acceso. Se plantea como hipótesis de trabajo la vinculación de esas localizaciones a actividades de carácter funerario y/o cultural. Así, se han prospectado zonas del macizo de Famara como Punta Fariones, Peñas del Chache o el entorno de la Ermita de Las Nieves (Hernández y García de Cortázar, 2004; Perera, Rodríguez *et al.*, 2008; Perera, Rodríguez *et al.*, 2009). Se han localizado una serie de estructuras y «preparaciones artificiales del terreno» que van desde *maretejas*, infraestructuras «para retener el agua»,³⁶ a «solapones acondicionados en paredes de afloramientos o resaltes del macizo hasta estructuras cuadrangulares» entendidas estas últimas como «la alineación de piedras, hincadas o no, de forma elipsoidal y escalonada con un remate central en la parte superior a modo de piedra hincada y en ocasiones dibujándose la forma de la cista» (PERERA, RODRÍGUEZ *et al.*, 2008: 2-3). Todo ello acompañado, en ocasiones, de material arqueológico en superficie conformado por cerámica, malacofauna, industria lítica y fauna animal con claras evidencias de su asociación al fuego (ver figuras nº 8 y 9).

Sin embargo, y hasta la fecha, el resultado de estas prospecciones no ha aportado datos tan esclarecedores como ocurriese con las manifestaciones rupestres en las faldas de montaña. Pese a la constatación de casi un centenar de estructuras en toda la zona estudiada, en ningún caso es posible establecer una vinculación clara con posibles inhumaciones o rituales de carácter sepulcral. El registro material identificado, compuesto fundamentalmente por restos de oviápidos con señales de incineración que aparece, por ejemplo, vinculada a una estructura desmantelada de la Peña del Chache, apuntan más a posibles aras de sacrificio que a rituales de carácter funerario. Aunque puedan interpretarse como resultado de prácticas de carácter religioso, sigue sin contarse con datos que permitan afirmar la existencia en la Isla de enterramientos «en solapones acondicionados, estructuras tumulares, cistas o fosas, cada una de ellas aisladas o formando necrópolis» (PERERA, RODRÍGUEZ *et al.*, 2009: 54). Más aún, como algunos de los investigadores reconocen, «no nos consta que en ninguna [de estas estructuras] haya aparecido o registrado inhumación alguna, a pesar de que la información etnográfica se refiere al hallazgo de piezas óseas humanas en algunas de ellas» (Perera, Rodríguez *et al.*, 2008: 3).³⁷

Con toda probabilidad, la gran variedad de estructuras aborígenes localizadas en el Macizo de Famara (ver figura nº 10) puedan ser asociadas a prácticas de tipo simbólico. Sus características, registro material y ubicación estarían indicando alguna actividad de carácter ritual y/o propiciatorio relevante para la organización

36 «Estructuras de tierra para recoger el agua reforzadas con piedras en sus taludes interiores y exteriores y formando un recinto más o menos elaborado en su interior dependiendo de sus necesidades. Parece que las estructuras, que vemos sucesivamente yuxtapuestas y concatenadas, se fueron perfeccionando en el tiempo» (HERNÁNDEZ Y GARCÍA DE CORTÁZAR, 2004: 433).

37 La empresa Arqueocanaria, a petición del Cabildo de Lanzarote y bajo el Patrocinio de la Dirección General de Cooperación y Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias, llevó a cabo una serie de sondeos en distintas acumulaciones de piedras y/o estructuras de carácter cultural o funerario en la zona de Los Tablones. Los resultados constataron la presencia de cisternas y maretas destinadas a recoger y almacenar el agua de lluvia por parte de la población aborigen de Lanzarote (S. A., 2009).

social, política y económica de los *mahos*. Sin embargo, y a la luz de los resultados obtenidos en el análisis historiográfico, en los trabajos de campo y en los sondeos realizados, su vinculación con sepulcros o inhumaciones humanas no puede atestigüarse. Aunque dicha idea está fuertemente arraigada en el imaginario colectivo de los investigadores y la sociedad en general, lo cierto es que no existen pruebas concluyentes de una posible asociación entre túmulos y enterramientos. La interpretación de este tipo de estructuras a lo largo de las décadas ha estado condicionada por una idea de registro arqueológico escasamente fundamentada en datos empíricos. Sin embargo, la ausencia de evidencias óseas no ha impedido su vinculación a contextos sepulcrales, en la medida en que no se concebían formas alternativas de interpretar el mundo funerario de los *mahos*. Así, y empleando el «préstamo empírico», desde mediados del siglo XIX se ha seguido insistiendo en la viabilidad de los túmulos como respuesta a ese vacío empírico que caracteriza a la arqueología de Lanzarote.

Este peso de la tradición también ha marcado la posible interpretación de las fosas y enterramientos localizados en distintos puntos de la Isla desde los trabajos de René Verneau. Aunque algunas de ellas presentan una clara adscripción histórica (moderna y contemporánea) dado el contexto y las características del ajuar que los acompañaba, pocos han sido los investigadores que han visto en ellas una posible tipología funeraria de los *mahos*.³⁸ Tanto los enterramientos de San Marcial del Rubicón como los de la ladera del Guanapay han sido vinculados tradicionalmente a épocas coetáneas o posteriores a la conquista europea. Solo recientemente, y en paralelo a la proliferación de descubrimientos de necrópolis de fosas en Gran Canaria, algunos investigadores han comenzado a sugerir la posibilidad de su uso como modelo generalizado para Lanzarote. Aunque solo ha llegado a explicitarse en algunas notas o referencias indirectas, el reducido número de enclaves y la ausencia de un contexto arqueológico suficientemente documentado impide, nuevamente, ahondar en esta línea de trabajo. Tanto la información obtenida por Verneau o los hermanos Serra Ràfols para San Marcial del Rubicón como las características de los enterramientos localizados en los años 80 del siglo XX en las laderas del Guanapay ofrecen poco margen interpretativo.

5. CONCLUSIONES

Como se ha evidenciado a lo largo del texto, Lanzarote se ha caracterizado tradicionalmente por una insólita ausencia de descubrimientos sepulcrales. Esta particularidad del registro bioantropológico aborigen se ha abordado, normalmente, como una anomalía que ha impedido elaborar explicaciones históricas sobre la complejidad social y funeraria de los primeros habitantes de la Isla. Sin embargo, no se ha planteado hasta la fecha la posibilidad de que fueran los propios *mahos* quienes, de manera intencional, consciente y sistemática, se deshicieran de los restos físicos de sus muertos a través de algún tipo de ritual o ceremonia que no dejara constancia material perdurable.

Pueden ser varias las alternativas esgrimidas para acomodar el actual registro material de la Isla a esta hipótesis de trabajo. Aunque son muy escasos los datos

³⁸ La referencia más explícita es la de CABRERA, PERERA y TEJERA, 1999: 280-283, quienes dedican varias páginas a describir esta tipología de enclave funerario. Sin embargo, su alusión es exclusivamente a los restos documentados en las faldas de la caldera de Guanapay, que consideran de época anterior a la conquista, a diferencia de lo afirmado por los investigadores que llevan a cabo dichas excavaciones.

disponibles que permiten avanzar en dicha línea de investigación, en la medida en que no se han desarrollado aún analíticas ni estudios concretos, el recurso a la exposición del cadáver a la intemperie y/o a la práctica de la incineración de los restos óseos son tradiciones culturales susceptibles de ser valoradas arqueológicamente dentro del registro material de la Isla.

Plantear la posibilidad de la incineración, tras una exposición prolongada de los restos humanos por parte de los aborígenes de Lanzarote, permitiría explicar mejor la reducida representación numérica que alcanza el registro óseo, y que según el último estudio bioantropológico ascendería a un máximo de 55 individuos para más de quince siglos de presencia aborígen en la Isla. Algo que, como se ha constatado, no puede responder exclusivamente a la falta de interés en su búsqueda o a los efectos postdeposicionales sobre dicho registro arqueológico, sean estos naturales (las lavas del volcán) o antrópicos (obras y presión urbanística).

Asumiendo el elevado índice de conjetura que implica la hipótesis,³⁹ por cuanto debe contrastarse a través del trabajo de campo y de distintas analíticas de laboratorio, el empleo de la incineración permite comprender la ausencia de restos bioantropológicos en la medida en que reduce a cenizas los huesos y posibilita un tratamiento posterior que no deja visualmente evidencias materiales susceptibles de perdurar en el tiempo. Buscando correlatos dentro del registro empírico de la Isla, esos rituales serían realizados, por ejemplo, en las estructuras cuadrangulares, alineaciones de piedra o túmulos identificados en las zonas altas de la Isla como el Macizo de Famara. Los niveles de ceniza y huesos de ovicápridos quemados se vincularían a dichos actos que formarían parte de ceremonias comunitarias en honor de los finados. El resultado sería recogido para su posterior enterramiento o, posiblemente, lanzado al mar en lugares singulares como las estaciones de cazoletas o «tacitas y cúpulas» descubiertas en los últimos años a la orilla del mar. Esta importancia del mar podría relacionarse con un pasaje de Gómez Escudero difícil de interpretar hasta la fecha: «Tenían los de Lançarote y Fuerte Ventura unos lugares o cuevas a modo de templos, onde hacían sacrificios o agujeros, según Juan de Leberriel, onde haciendo humo de ciertas cosas de comer, que eran de los dioses, quemándolos tomaban agujero en lo que hauían de emprender mirando a el jumo, i dicen que llamaban a los Majos que eran los spíritus de sus antepasados que andaban por los mares i venían allí a darles aviso quando los llamaban, i estos i todos los isleños llamaban encantados, i dicen que los veían en forma de nuuecitas a las orillas del mar, los días maiores de el año, quando hacían grandes fiestas, aunque fuesen entre enemigos, i veíanlos a la madrugada el día de el maior apartamento de el Sol en el signo de Cáncer i que a nosotros corresponde el día de San Juan Bautista» (GÓMEZ, 1978: 439).

Esas referencias a la realización de grandes fiestas, a la quema de alimentos, a la asociación del mar con los antepasados, y a la presencia de nubes a la orilla del mar, podrían estar indicando, al menos conceptualmente, esos ritos funerarios que implicaban la desaparición arqueológica de los restos humanos a través de su lanzamiento al mar. La presencia de concentraciones importantes de «tacitas y cúpulas» en varios puntos de la costa insular, y cuya explicación aún se desconoce, podría relacionarse con la práctica de la incineración, entendidas como recipientes

39 Por otra parte, ya apuntada también hipotéticamente por distintos autores como, por ejemplo, CABRERA, PERERA y TEJERA, 1999: 285 o ATOCHE, RAMÍREZ *et. al.*, 2008: 117.

en los que verter parcialmente las cenizas a la espera de que el mar los limpiara llevándose los restos de los antepasados.

La referencia de Gómez Escudero no es la única que menciona la incineración o la importancia de la cercanía al mar para los primeros habitantes de Lanzarote. La práctica de la exposición de los cuerpos e incineración no debió ser extraña entre los *mahos*, por cuanto *Le Canarien* las menciona como una de las venganzas que Guadarfía le aplica al traidor Afche: «hizo prender al susodicho Afche, que se había proclamado rey y lo había traicionado, e hizo que lo lapidaran y quemaran» (AZNAR, CORBELLA *et al.*, 2007: 100). Igualmente, Abreu Galindo, cuando narra la manera en que se ejercía la justicia, evidencia la relevancia especial que debió tener el mar: «se hacía en la costa del mar, tendiendo al delincuente sobre una piedra o losa, y con una piedra redonda el ejecutor de la justicia le daba en la cabeza haciéndosela pedazos, y allí se quedaba muerto» (ABREU, 1977 [1764]: 56).

El peso de la incineración podría también explicar, o contribuir a comprender, el intenso proceso de degradación medioambiental que algunos estudios recientes están apuntando. Por ejemplo, la deforestación que sufre Lanzarote, al menos desde principios del siglo I d.n.e. (ATOCHÉ, 2003; CRIADO y ATOCHÉ, 2003 y 2004), podría relacionarse con la sobreexplotación del manto vegetal para el uso, entre otras actividades, de la incineración, lo que contribuiría a la aceleración de ese proceso de degradación que están constatando los estudios paleoambientales.

Obviamente, esta hipótesis no descarta el uso de otras formas de tratamiento de los muertos, como por ejemplo la inhumación en cuevas o fosas, ya que esas prácticas podrían coexistir al mismo tiempo al ser momentos diferentes de un mismo proceso ritual. La deposición en cuevas naturales, por ejemplo, podría suponer un paso previo a la incineración, como parte del procedimiento, tratamiento y culto del cadáver. Así, los restos localizados en la necrópolis de Montaña Mina o, de forma más problemática los de La Chifleterera, supondrían un estadio intermedio a la incineración, como lo estaría constatando la deposición secundaria de los cráneos y huesos largos en el interior de la cueva. Todo ello, sin obviar la posibilidad de que se produjera una variación cultural, en algún momento del periodo aborigen de la Isla, en la que se sustituyese una práctica sepulcral por otra.

Sea empíricamente viable o no la existencia de otras prácticas sociales en el tratamiento de los finados, lo cierto es que seguir manteniendo la inhumación en túmulos o cuevas no aclara, en primer lugar, la escasa correspondencia entre el volumen de restos bioantropológicos recopilado durante los dos últimos siglos y la relevancia social que debió tener un acto tan esencial, como el de la muerte, para los aborígenes de la Isla. Y, en segundo lugar, los modelos explicativos argumentados hasta la fecha para dilucidar las pautas de distribución sepulcral, o los tipos de ritual desarrollados, ofrecen conclusiones poco satisfactorias y con escasa vinculación a las nuevas tipologías de yacimientos conocidos desde principios del siglo XXI. Independientemente de la viabilidad real de la incineración como posible práctica cultural generalizable entre los *mahos*, lo cierto es que dicha hipótesis de trabajo permitiría explicar algunas ausencias muy evidentes del registro material y proponer alternativas al significado de determinados yacimientos arqueológicos más allá de los tópicos esgrimidos.

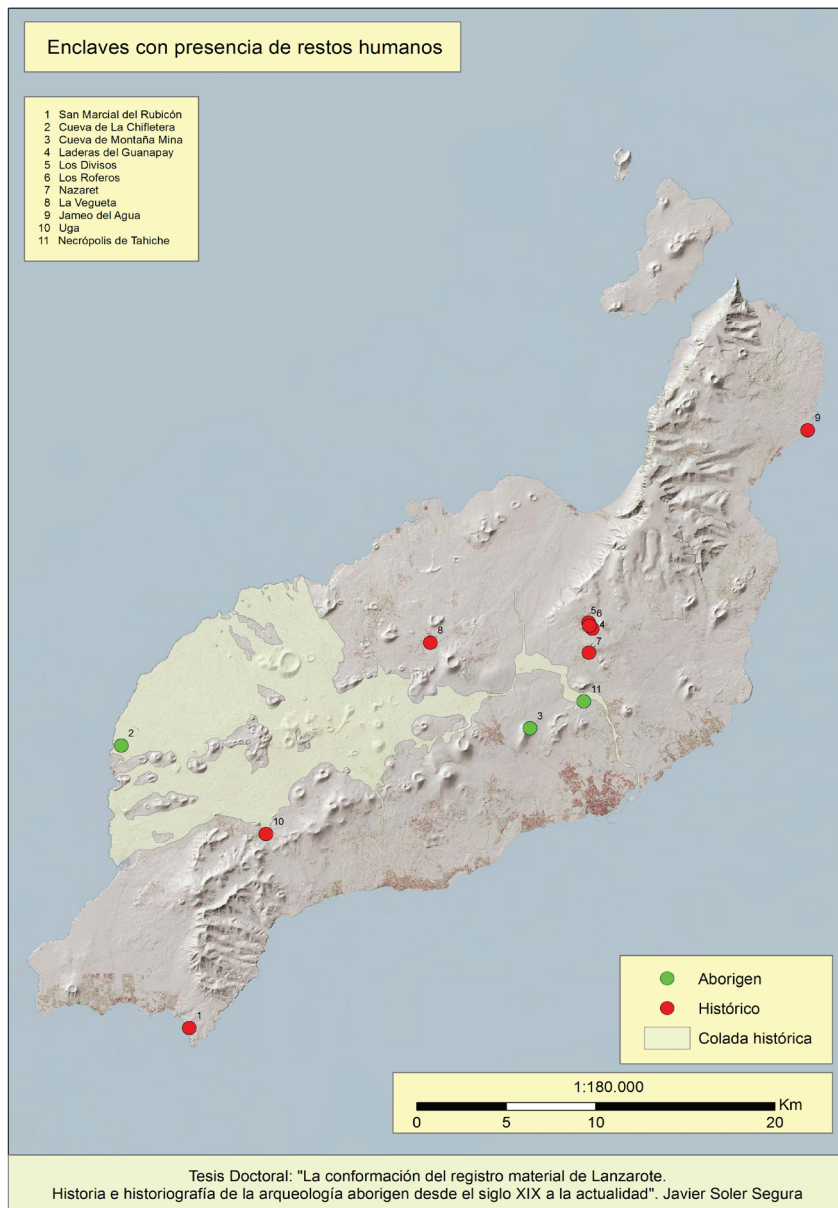


Figura nº 1. Mapa de ubicación de los yacimientos con evidencias de restos humanos en Lanzarote. Elaboración propia.



Figura nº 2. Mandíbula procedente del yacimiento de La Chifletera, depositada en el Museo de la Naturaleza y el Hombre. Signatura 933. Museo Arqueológico de Tenerife.



Figura nº 3. Reconstrucción de una de las inhumaciones localizadas por Juan Brito Martín en Los Roferos del Castillo a finales de 1979, tal y como se expuso en el antiguo Museo del Castillo de San Gabriel. Tomado de *Patrimonio Histórico de Canarias. Lanzarote, Fuerteventura*. Santa Cruz de Tenerife, Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias, 1998. Tomo I: página 46.

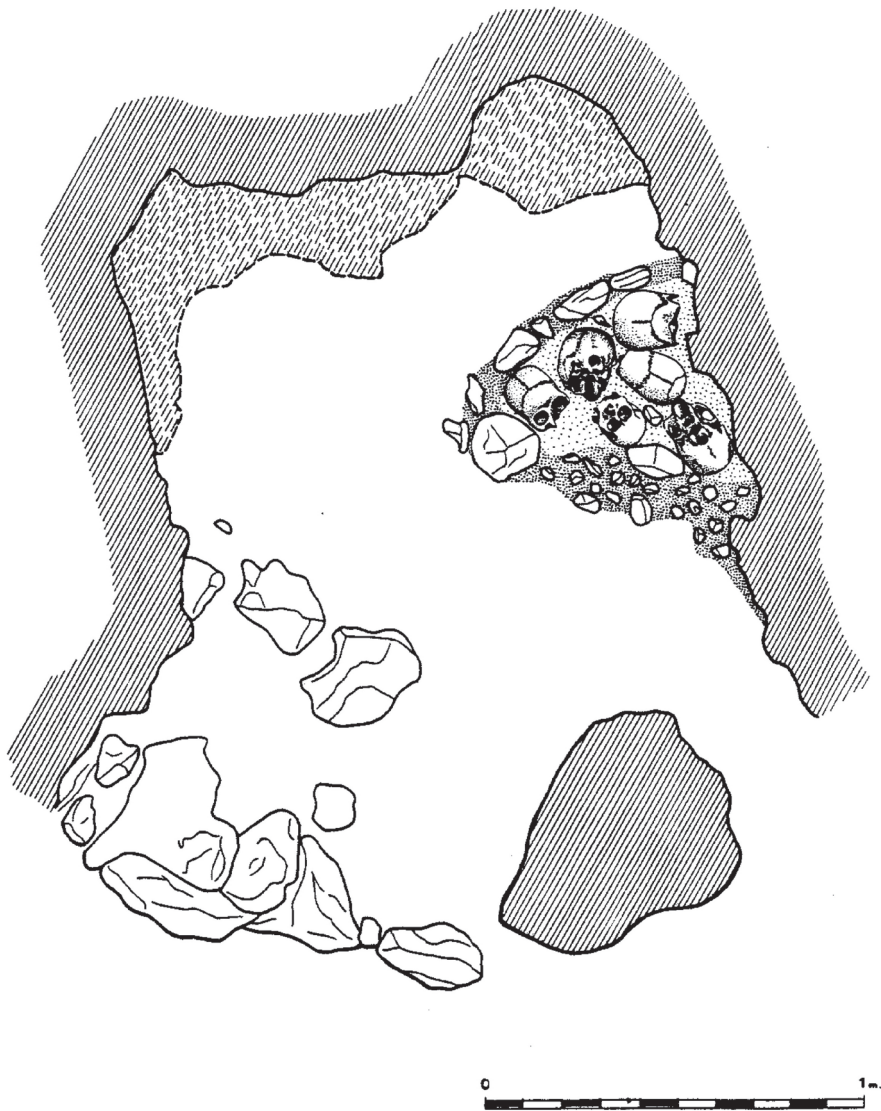


Figura nº 4. Vitrina con los restos bioantropológicos de la cueva funeraria de Montaña Mina, tal y como se expuso en el antiguo Museo del Castillo de San Gabriel. Tomado de *Patrimonio Histórico de Canarias. Lanzarote, Fuerteventura*. Santa Cruz de Tenerife, Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias, 1998.

Tomo I: página 45.



Figura nº 5a y 5b. Excavaciones de Los Divisos y Los Roferos del Guanapay en 1983. Tomado de Cabrera Pérez, J. C., Perera Betancor, M. A. y Tejera Gaspar, A. 1999: *Majos. La Primitiva población de Lanzarote*. Islas Canarias. Teguiise, Fundación César Manrique, pp.: 354-355.



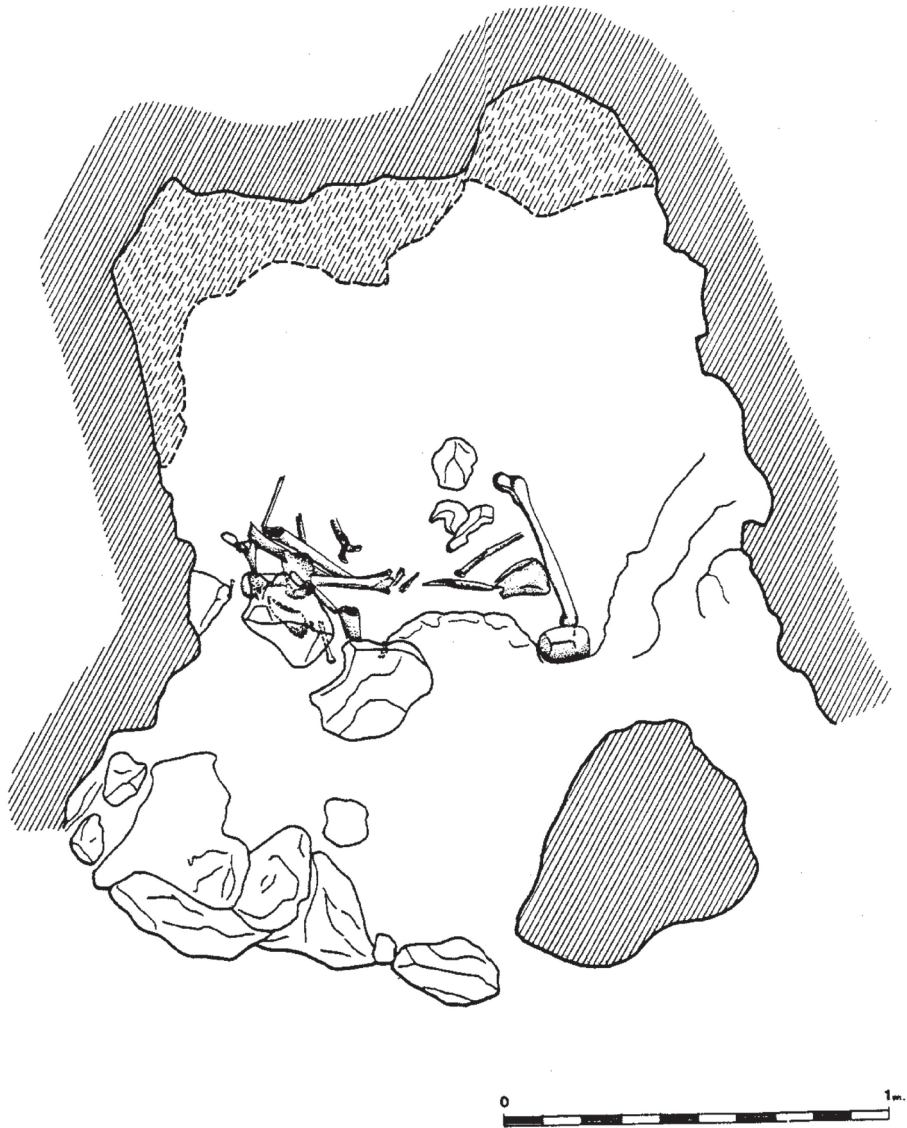


Figura nº 6a y 6b. Localización de los cráneos (página anterior) y los huesos del nivel inferior (página actual) localizados en la cueva de Montaña Mina. Tomado de Martín Socas, Cámlich Massieu y Thovar Melián, 1982: La cueva funeraria de la Montaña de Mina (San Bartolomé, Lanzarote) y su entorno. *Instituto de Estudios Canarios*. 50 Aniversario. 1932-1982. Santa Cruz de Tenerife. Tomo II, página 293 y 295.



Figura nº 7. Subadulto femenino procedente de la Necrópolis de Tahiche (Teguise, Lanzarote). Tomado de Atoche Peña, P., Ramírez Rodríguez, M. A., et al., 2008: De antropología, ritos y creencias funerarias en la Protohistoria de Lanzarote (Islas Canarias). En Atoche Peña, Rodríguez Martín y Ramírez Rodríguez, M. A. (Coords.): *Mummies and Science. World Mummies Research. Proceedings of the VI World Congress on Mummy Studies*. Santa Cruz de Tenerife, página 150.



Figura nº 8. Estructura cuadrangular del Risco de Las Nieves. Tomado de Cabrera Pérez, J. C., Perera Betancor, M. A. y Tejera Gaspar, A. 1999: *Majos. La Primitiva población de Lanzarote*. Islas Canarias. Teguise, Fundación César Manrique, p.: 339.



Figura nº 9. Restos de un recinto destruido del Risco de Las Nieves. Tomado de Cabrera Pérez, J. C., Perera Betancor, M. A. y Tejera Gaspar, A. 1999: *Majos. La Primitiva población de Lanzarote*. Islas Canarias. Teguisse, Fundación César Manrique, p.: 339.



Figura nº 10. Restos de una estructura de El Castillejo, Famara. Tomado de Cabrera Pérez, J. C., Perera Betancor, M. A. y Tejera Gaspar, A. 1999: *Majos. La Primitiva población de Lanzarote*. Islas Canarias. Teguisse, Fundación César Manrique, p.: 356.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ABREU GALINDO, J. (1977 [1764]): *Historia de la conquista de las siete islas de Canarias*, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- ARCO AGUILAR, M^a C. del (1976): «El enterramiento canario prehistórico», *Anuario de Estudios Atlánticos* 22: 13-124.
- ARNAY DE LA ROSA, M. (1998): «Bioantropología y arqueología funeraria», en *Patrimonio Histórico de Canarias. Lanzarote, Fuerteventura*. Dirección General de Patrimonio Histórico del Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife: 45-47.
- ATOCHÉ PEÑA, P. (2003): «Fenómenos de intensificación económica y degradación medioambiental en la protohistoria canaria», *Zephyros* 56: 183-206.
- ATOCHÉ PEÑA, P., RAMÍREZ RODRÍGUEZ, M. A., et al., (2008): «De antropología, ritos y creencias funerarias en la Protohistoria de Lanzarote (Islas Canarias)», en ATOCHÉ PEÑA, P., RODRÍGUEZ MARTÍN, C. y RAMÍREZ RODRÍGUEZ, M. A. (Coords.): *Mummies and Science. World Mummies Research. Proceedings of the VI World Congress on Mummy Studies*. Santa Cruz de Tenerife: 165-180.
- AZNAR VALLEJO, E., CORBELLA DÍAZ, D., et al., (2007): *Le Canarien: Retrato de dos mundos. I Textos*, Instituto de Estudios Canarios, San Cristóbal de La Laguna.
- BRAVO EXPÓSITO, T. (1959-1960): «Sobre una nueva 'quesera'», *Anuario del Instituto de Estudios Canarios* V: 17-18.
- CABRERA PÉREZ, J. C., PERERA BETANCOR, M. A. y TEJERA GASPAS, A. (1999): *Majos. La Primitiva población de Lanzarote*. Islas Canarias, Fundación César Manrique, Teguise,
- CRÍADO HERNÁNDEZ, C. y ATOCHÉ PEÑA, P. (2003): «Estudio geoarqueológico del yacimiento del El Bebedero (siglos I a.c. a XIV d.c., Lanzarote, Islas Canarias)», *Cuaternario y Geomorfología* 17(1-2): 91-104.
- CRÍADO HERNÁNDEZ, C. y ATOCHÉ PEÑA, P. (2004): «¿Influyó la ganadería de los mahos en el deterioro paleoambiental de la isla de Lanzarote», *Tenique* 6: 137-158.
- CHIL y NARANJO, G. (1880): *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*, Isidro Miranda, Las Palmas de Gran Canaria, Tomo II.
- DE LA HOZ BETANCORT, A. (1959): «La gran desconocida I-XLIII», *Diario de Las Palmas*. Las Palmas de Gran Canaria, del 21 de enero al 14 de octubre de 1959, página 3, 4.
- DE LA HOZ BETANCORT, A. (1990 [1966]): *Cueva de los Verdes*, Cabildo Insular de Lanzarote, Bizkaia.
- DE LA HOZ BETANCORT, A. (1994 [1962]): *Lanzarote*, Cabildo Insular de Lanzarote, Bizkaia.
- DE LEÓN HERNÁNDEZ, J. (2006): *Lanzarote bajo el volcán. La reconstrucción del territorio, los recursos potenciales y la infraestructura construida cubiertos por las erupciones volcánicas del s. XVIII en la isla de Lanzarote*, Tesis doctoral. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Inédita.
- DE LEÓN HERNÁNDEZ, J. y ROBAYNA FERNÁNDEZ, M. Á. (1989): «El Jable, poblamiento y aprovechamiento en el mundo de los antiguos mahos de Lanzarote y Fuerteventura», *III Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote (Puerto del Rosario, 1987)*. Tomo II: 11-105.

- DE LEÓN HERNÁNDEZ, J., ROBAYNA FERNÁNDEZ, M. Á. y PERERA BETANCOR, M. A. (1990): «Aspectos arqueológicos y etnográficos de la comarca del Jable», *II Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura (Arrecife, 1990)*. Tomo II: 283-319.
- GARRALDA BENAJES, M^a. D. (1985): «Algunas notas sobre la población prehistórica de Lanzarote (Islas Canarias)», *Actas del IV Congreso Español de Antropología Biológica*: 445-452.
- GÓMEZ ESCUDERO, P. (1978): «Historia de la conquista de la Gran Canaria», en MORALES PADRÓN, F.: *Canarias: Crónicas de su conquista*. Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria-El Museo Canario, Las Palmas de Gran Canaria: 383-468.
- HERNÁNDEZ CAMACHO, P., CEJUDO BETANCORT, M., et al., (1987): «Arqueología de la Villa de Teguisse», *I Jornadas de Historia de Fuerteventura y Lanzarote (Puerto del Rosario, 1987)*. Tomo II: 223-294.
- HERNÁNDEZ NIZ, T. y GARCÍA DE CORTAZAR CALDERÓN, M. (2004): «Las maretejas aborígenes del Norte de Lanzarote», *X Jornadas de Estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura (Arrecife, 2001)*. Tomo II: 411-486.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, S. (1945): «Exploraciones y excavaciones en las islas de Fuerteventura y Lanzarote», *Falange*. Las Palmas de Gran Canaria, 14 de septiembre de 1945, página 3.
- MARTÍN SOCAS, D., CÁMALICH MASSIEU, M^a D. y THOVAR MELIÁN, M^a D. (1982): «La cueva funeraria de la Montaña de Mina (San Bartolomé, Lanzarote) y su entorno», en *Instituto de Estudios Canarios. 50 Aniversario. 1932-1982*. Santa Cruz de Tenerife. Tomo II: 273-301.
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, C. (1940): *Un país original*, Archivo Histórico de Teguisse, Teguisse. Inédito: 63 páginas.
- PALLARÉS PADILLA, A. (1979): «Grupo ecologista contra el basurero de Zonzamas», *El Eco de Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria, 7 de junio de 1979, página 26.
- PERDOMO, L. (1975): «La tumba guanche y el santón moro», *La Provincia (Edición para Lanzarote)*. Las Palmas de Gran Canaria, 14 de septiembre de 1975, página 3.
- PERDOMO, L. (1978): *Crónicas insulares (1976-1977)*, Cabildo Insular de Lanzarote, Madrid.
- PERERA BETANCOR, M. A. y MARRERO ROMERO, R. (2000): «La ocupación del municipio de Yaiza (Lanzarote) durante la época aborígen», *IX Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote (Puerto del Rosario, 1999)*. Tomo I: 469-497.
- PERERA BETANCOR, M. A., RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, J., et al., (2008): «Arquitectura arqueológica de culto de los majos en cotas elevadas. Famara y Las Nieves. Haría y Teguisse, Lanzarote», *VI Congreso de Patrimonio Histórico. Arrecife, 10-12 de septiembre de 2008*, 26 páginas. (<http://www.cabildodelanzarote.com/patrimonio/VIcongreso/ponencias.asp>).
- PERERA BETANCOR, M. A., RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, J., et al., (2009): «Estructuras arquitectónicas culturales en el Macizo de Famara. Haría y Teguisse, Lanzarote», *XIII Jornadas de Estudios sobre Fuerteventura y Lanzarote (La Antigua, 2007)* Tomo II: 49-98.
- S.A. (2009): «El Gobierno verifica el origen arqueológico del último yacimiento hallado en Lanzarote», *La Opinión*. Santa Cruz de Tenerife, 15 de agosto de 2009, página 33.
- SÁNCHEZ, J. R. (2015): «Los restos hallados en Montaña de Mina tienen siglos de antigüedad», *Canarias7*. Las Palmas de Gran Canaria, 16 de septiembre de 2015, página 75.

- SCHWIDETZKY, I. (1963): *La población prehispánica de las Islas Canarias. Investigaciones antropológicas*, Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- SERRA RÀFOLS, J. de C. (1960): «Memoria de la excavación del Castillo de Rubicón (abril de 1960)», *Revista de Historia Canaria* 131-132: 357-370.
- SOLER SEGURA, J. (2016): *La conformación del registro material de Lanzarote. Historia e historiografía de la arqueología aborigen desde el siglo XIX a la actualidad*, Departamento de Geografía e Historia, Universidad de La Laguna. Inédita.
- TOPHAM DÍAZ, G. (1964): «Un enterramiento humano de grandes proporciones en el yacimiento arqueológico de Nazaret, recientemente descubierto», *Antena*. Arrecife, 17 de noviembre de 1964, página 4.
- TOPHAM DÍAZ, G. (1969): «Excavación arqueológica oficial en la Cueva de las Chiflateras», *Antena*. Arrecife, 4 de febrero de 1969, página 8.
- TOPHAM DÍAZ, G. (1973): «Descubierto el esqueleto de un niño, enterrado hace más de doscientos años», *La Provincia (Edición para Lanzarote)*. Las Palmas de Gran Canaria, 24 de mayo de 1973, página 25.
- TOPHAM DÍAZ, G. (1977): «Descubierto un esqueleto humano de principios de siglo», *La Provincia (Edición para Lanzarote)*. Las Palmas de Gran Canaria, 3 de marzo de 1977, página 35.
- VERNEAU, R. (1996a [1879]): «Sobre la pluralidad de las antiguas razas del Archipiélago canario», en *La raza de Cromañón*. J.A.D.L., La Orotava: 49-58.
- VERNEAU, R. (1996b [1882]): «Sobre los semitas en las Islas Canarias», en *La raza de Cromañón*. J.A.D.L., La Orotava: 59-72.
- VERNEAU, R. (1996c [1886]): «La raza de Cromañón. Sus migraciones, sus descendientes», en *La raza de Cromañón*. J.A.D.L., La Orotava: 7-27.
- VERNEAU, R. P. (1996d [1887]): «La estatura de los antiguos habitantes de las Islas Canarias», en *La raza de Cromañón*. J.A.D.L., La Orotava: 73-95.
- VERNEAU, R. (2003 [1891]): *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*, Producción Editorial Benchomo, La Orotava.
- VERNEAU, R. (2005 [1889]): *Viviendas, sepulturas y lugares sagrados de los antiguos canarios*, Artemisa, La Laguna.
- VIERA Y CLAVIJO, J. de (1772-1783): *Noticias de la historia general de las Islas de Canaria*, Imprenta Blas Román, Madrid. Cuatro tomos.